

Mayor de San Marcos de Lima, estudios que abandonó al año siguiente por carecer de recursos para mantenerse en la capital. Al reiniciar sus estudios en 1913, ya en la Universidad de Trujillo, se inscribe en la carrera de Filosofía y Literatura. En los tres primeros años de la licenciatura, Vallejo arrasa nuevamente con todos los premios al rendimiento por materia cursada, que lo hacen acreedor al final de año a Diploma y a un libro concerniente a cada disciplina. Es cuando recibe el citado libro de Haeckel. En 1914, por ser primero en el curso de Estética e Historia del Arte, recibe el libro *Historia de las Religiones*, de Max Müller; y por el curso de Sociología recibe *La sociología y la política*, de Gumplovitz. Para un estudiante pobre y en provincias recibir estas novedades era un verdadero estímulo.

La templanza y el interés científico de Vallejo queda pues asentados desde sus años estudiantiles. Este elevado rendimiento universitario es pertinente destacarlo, porque prefigura el rigor con que el poeta asumirá el hecho creativo, el esmero de su dedicación literaria, que no tiene nada que ver con el bardo genial nacido por «generación espontánea» o de «inteligencia natural» con que algunos comentaristas lo han perfilado.

En su comprensión de la ciencia —la ciencia como herramienta para interpretar el mundo— influyó también Taine, de quien Vallejo leyó *Los Filósofos del siglo XX*, que recibió en 1913 como premio a su aprovechamiento del curso de Filosofía Objetiva I. Su bagaje científico permite al poeta enriquecer su registro, su entonación, más allá de las resonancias religiosas y políticas de sus poemas:

Tú sufres, tú padeces y tú vuelves a sufrir horriblemente
desgraciado mono
jovencito de Darwin,
alguacil que me atisbas, atrocísimo microbio.

Para el poeta conocer los determinismos biológicos, le hacen consciente de la muerte como el destino inexorable del hombre:

...la muerte es un ser sido a la fuerza
cuyo principio y fin llevo grabados
a la cabeza de mis ilusiones.

Stephen Hart hace una lectura reveladora de cómo la ciencia gravita en el mundo de Vallejo. No se trataba, obviamente, de sólo mencionar palabras que suenen a

ciencia, sino de basarse en ella para tener una comprensión del mundo, de la naturaleza, de hombre, de las mutaciones de la sociedad; por eso alrededor de los años treinta, Vallejo anuda su interés científico con el materialismo marxista, que entonces presumía de su carácter de doctrina filosófica y científica. Además de los poemas, en sus abundantes crónicas aparecen con frecuencia referencias a asuntos científicos o a innovaciones tecnológicas. Y en Lima, según pudo comprobar Manuel Lasso, se ganaba la vida como profesor de Matemáticas y Anatomía en una escuela de Mercaderías.

Respecto a su interés por la política, es bueno recordar que el progresismo de Vallejo data desde sus años de estudiante en Trujillo, donde formaba parte del grupo Norte (1915), núcleo original de líderes e ideólogos que luego formaron los movimientos aprista y socialista. Ese proceso de radicalización de Vallejo aparece bien retratado por Hart, pero lo que no convence es calificar de «troskista» el período de 1927 a septiembre de 1929. Es una tesis original, pero no desarrolla una argumentación o demostración por vía documental para que sea verificable. Es cierto que en ese período Vallejo se refiere a Trosky en sus crónicas, pero allí no se observa filiación alguna, por lo que es un abuso de confianza decir que «en aquella época, Vallejo debía todavía más lealtad a Trosky que a Stalin». Esta tesis es indemostrable, pues ni en los momentos en que Vallejo asumió la causa del socialismo soviético tuvo una actitud de beatería propagandista o de sumisión a lealtades. En 1928, año de su viaje a Moscú, en su artículo «Literatura proletaria», refuta la tesis de la RAPP (Asociación Pan Rusa de Escritores Proletarios), que sostenía que «la dictadura del proletariado era incompatible con la denominación de una literatura no proletaria»; entonces argumenta su oposición de la siguiente manera:

Cuando Haya de la Torre me subraya la necesidad de que los artistas ayuden con sus obras a la propaganda revolucionaria en América, le repito que, en mi calidad genérica de hombre, encuentro su existencia de gran giro político y simpatizo sinceramente con ella, pero en mi calidad de artista, *no acepto ninguna consigna o propósito, propio o extraño, que aún respaldándose de la mejor buena intención, someta mi libertad estética al servicio de tal o cual propaganda política.*

Lo que sí resulta revelador es cuando Hart desentraña las claves de su desengaño político (1932-julio 1936).

Vallejo es hermético y criptográfico en su crítica a Stalin, de sus asesinatos políticos, de los campos de concentración:

Pero, hablando más claro
y pensando en oro, eres de acero
a condición que no seas
tonto y rehúses
entusiasmarte por la muerte tanto
y por la vida, con tu sola tumba.

Edgar Montiel

El juego como antídoto

Muchos años después (Alfaguara, 1991) es la última novela de José Antonio Gabriel y Galán, ganadora del «I Premio Eduardo Carranza», cuyo jurado estaba compuesto por Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Augusto Roa Bastos, Arturo Uslar Pietri y Gonzalo Torrente Ballester.

El poder narrativo de *Muchos años después* —de estilo elegante, claro y directo—, lejos de clausurar las in-

terpretaciones, aviva la riqueza de correspondencias y analogías de la imaginación creadora del lector. Desde el comienzo, Gabriel y Galán instaura en la infancia de los protagonistas un mito tras el cual no existe una respuesta explicativa, sino el universo impreciso del azar que la necesidad reacomodará en la adultez a las nuevas ocasiones que lo requieran. Es en esta nebulosa inicial —dice Emilio Lledó a propósito de los mitos— donde reside con demasiada frecuencia el pensamiento más original y revolucionario. Aquello de lo que no se puede hablar, advertía Wittgenstein, se muestra, dando lugar a que Manuel Benavides concluya que los mitos son un «insuperable juego» cuyo espectáculo muestra lo indecible.

El desarrollo económico y político de las sociedades avanzadas actuales no propicia el surgimiento ni la perpetuación de rituales colectivos permanentes, y el anhelo del rito subsiste sólo en formas trivializadas por la rutina que no satisfacen esta necesidad individual, por lo que cada cual deberá acogerse al ámbito de su mitología personal por medio de la memoria. El mito y el rito, tanto como el lenguaje poético o el juego, son instrumentos con los que la memoria construye, disimuladamente, un dique frente a la muerte y el horror a la sucesión irreversible del tiempo.

Porque la memoria, firma Durand, permitiendo volver sobre el pasado, autoriza en parte la reparación de los ultrajes del tiempo. El suyo es el terreno de lo fantástico puesto que arregla estéticamente el recuerdo. En esto consiste el «aura» estética que nimba la infancia, siendo ésta siempre y universalmente arquetipo del ser eufémico, ignorante de la muerte, porque cada uno de nosotros ha sido niño antes que hombre... La nostalgia de la experiencia infantil es consustancial a la nostalgia del ser.

Dice Benavides que los mitos y ritos, al reinsertar el tiempo primordial, logran que la comunidad acceda a lo perenne y, de este modo, se conserve. A través del poder eufemizante de la palabra —y de la imagen en general—, el espíritu ejerce el poder metafísico de oponer las obras a la carcoma del devenir; con disimulo y decoro permite la contemplación de la cruda realidad, que de lo contrario resultaría insoportable; pone la muerte al servicio de la vida para que la especie prosiga. Los mitos colectivos, preñados de una experiencia secular, señalan la orientación general, históricamente eficaz, hacia la realización humana. Así también, en la mitología indi-

vidual desarrollada por la imaginación fabuladora de Gabriel y Galán el mito inicial marca la orientación posterior de la vida de los protagonistas: el secreto descubrimiento, compartido por Julián y Silverio en la infancia, del cadáver de una niña aferrado a un cajita que encierra la enigmática palabra «Malambruno» es la señal, el símbolo, la metáfora anticipatoria que se transforma en objeto mágico por la reiteración de un acontecimiento extraordinario. «Malambruno» es la memoria, depositaria y guardiana, del destino de los dos amigos. Al reactualizar, muchos años después, ese momento heroico y pleno de la infancia, la palabra «Malambruno» reactiva la nostalgia del origen, a la vez que actúa como antídoto contra la angustia del devenir. En la medida en que Silverio y Julián construyen ese rito fundacional, la relación entre ambos se convierte, por complicidad, en un espacio sagrado y fraternal que funcionará como escudo protector en el difícil momento final.

Los juegos de la memoria

«Malambruno» se titula el primer capítulo de la novela; «Malambruno» es la última palabra, o palabro, que pronuncian mucho después los protagonistas al dispersar las cenizas de Odile en la última página. Se cierra así el círculo, como deseaba el autor al remitirnos a la circularidad, manifiesta y aceptada, de otra novela que comienza con la misma frase: *Cien años de Soledad*, de García Márquez. Si bien se trata de dos obras de argumento, escenario y estilos muy diferentes, en ambas alguien «había de recordar»; dominando la cronología de las peripecias, el narrador ordenará desde el futuro la común historia de Julián y Silverio adentrándose en sus recuerdos; tirará selectivamente de los finos hilos de la memoria para desarticular la sucesión real y transformarla en el tiempo circular o mítico de la novela. El poder maravilloso de la evocación permite desdoblamiento y condensaciones, acerca y aleja, disimula o realza los fragmentos vividos para integrarlos en una trama que sólo pertenece a esa memoria omnisciente configuradora de la totalidad de la obra.

Ya ha dicho Jacques Joset, entre otros, que el paradigma estructural de *Cien años de soledad* es la circularidad, puesto que la unidad narrativa termina donde co-

menzó. Con el análisis de la apertura del relato ya se han descubierto los ejes organizadores de la obra. Lo mismo puede afirmarse de *Muchos años después*, cuyo principio anticipa, cerrándolo, el final. Veamos por qué mecanismo sintáctico consiguen ambas narraciones esa circularidad —por demás frecuente en la novelística y la cuentística—, lograda aquí desde la apertura o frase inicial.

«Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo.»

«Muchos años después, frente al cuerpo sin vida de Odile, había de evocar aquella tarde remota en que su madre lo llevó por primera vez a casa de los Zúñiga.»

Las correspondencias analógicas son evidentes y sugestivas. Estamos ante la fuerza anticipatoria, ambivalente y misteriosa, de una perífrasis de tono arcaizante —aunque el castellano es una lengua rica en perífrasis verbales que complementan la conjugación, ésta en particular es poco frecuente en la actualidad, siendo rara en el lenguaje coloquial—. «Haber + infinitivo» «es, dice Gili Gaya, la frase verbal obligativa más antigua y que hoy se siente como más literaria».

«Había de recordar», es una perífrasis con un verbo auxiliar en pretérito imperfecto y un verbo principal en infinitivo que expresa que la acción se continuará indefinidamente. Posee dos valores fundamentales: el modal obligatorio y el temporal de futuro, reforzado y prolongado en su cumplimiento, en este caso, por el complemento circunstancial «muchos años después». Los significados de obligación y necesidad se mezclan con frecuencia, pero la obligación puede imponérsela el propio sujeto o el destino y la circunstancia. Aquí, en ambos relatos entendemos que quien recuerde cumplirá una imposición interna, aunque sea dentro de mucho tiempo, porque no podrá dejar de recordar un hecho importante para él, acaecido en su infancia. Además, en la misma frase se produce un cierre circular que aproxima el presente abierto del verbo en infinitivo *recordar* al pasado *había* más el complemento directo *aquella tarde remota* y al complemento circunstancial de tiempo *muchos años después*, remitiendo el primer complemento al pasado y el segundo, al futuro, para reunir de esta forma todos los tiempos en esa frase. Hubiera sido más usual decir: «Muchos años después él recordaría». Pero indudable-